

HÉCTOR M. GUYOT

LA MANO
DE UN DIOS
DISTANTE



emecé

Héctor M. Guyot

La mano de un dios distante



I

De Santiago a Jano

Martes 11 de marzo de 2003

Asunto: Anochecer de un día agitado

Lo primero que percibí hoy al despertar, en ese limbo donde no tenemos clara conciencia de dónde estamos o de quiénes somos, fue el repiqueteo de la lluvia sobre el techo de chapa. Me acomodé bajo el peso de las sábanas y sentí, como el primer hombre en el fondo de la caverna, la íntima satisfacción de estar a salvo del peligro, en una especie de gran útero al que no llegan las amenazas del mundo. Pero ese estado de inocencia, casi de felicidad, duró hasta que el rumor sordo de un motor que se alejaba me arrastró a la corriente del día.

Abrí los ojos y estiré el brazo para desactivar el despertador antes de que sonara: aprendí a leer el dibujo de las agujas a las 6.40 con una velocidad pasmosa, aún dormido, todo sea por evitar el estilete de la alarma en los tímpanos desprevenidos. Al lado del despertador, sobre la mesa de luz, me saludó la sombra de la novela que desde hace días me propongo empezar y que cada noche dejo en las primeras páginas cuando, agotado por el trabajo y las preocupaciones, me abandono a la telenovela de turno o a los talk shows con que Cecilia despide la jornada. Aunque describan asesinatos atroces o patéticas rencillas de vedettes, las voces de la tele tienen el curioso efecto de conducirla al sueño dulcemente hasta dejarla con los ojos

cerrados, la boca entreabierta y el control remoto flojo en la mano relajada.

Hasta hace poco, en este tiempo de fines de verano o principios de otoño pasábamos las noches en la galería. Con los chicos ya acostados, compartíamos allí las cosas del día mientras tomábamos una última copa de vino. Cecilia tenía siempre algún cuento que me hacía reír: los personajes que había conocido en una reunión de padres, las historias de su taller de fotografía. Pero al final llegaba el reproche: solo ella rescataba cosas para contar. ¿Era posible que durante el día no me hubiera ocurrido nada interesante? En verdad —se quejaba—, yo vivía sin pensar en ella y por eso volvía a casa sin ningún relato que ofrecerle, nada que me provocara, mientras sucedía, un pensamiento tan simple como natural: «Esta noche se lo voy a contar a Cecilia».

No es verdad que no pensara en ella. De hecho, la llamaba todas las tardes. Necesitaba saber que estaba bien, que los chicos estaban bien. Pero al final del día me sentía vacío. Cansado y vacío. Y disfrutaba tanto de sus historias como del silencio que crecía desde el cielo estrellado a medida que la noche giraba. Ya no recuerdo cuándo dejamos de salir a la galería con la copa en la mano para meternos en la cama frente a la televisión encendida, ni podría precisar en qué circunstancias se produjo el cambio. Tal vez a Cecilia no le bastó que la escuchara interesado y divertido, quizá se cansó de ser la única que entendía el día como un mar inagotable del que podía extraer perlas cuyo brillo era capaz de compartir. O tal vez se quedó sin historias. Ahora, mientras la lluvia sigue golpeando el techo, me doy vuelta en la cama y la veo dormir profundamente, como si estuviera en el mejor de los mundos. Sigue siendo una mujer de rara belleza y, en esta etapa de nuestro matrimonio, este es el mejor momento para comprobarlo. Así

dormida es la de siempre, aquella que reía conmigo de sus observaciones precisas y un poco crueles, aquella a la que el vino le hacía brillar los ojos durante esas noches largas en la galería que acababan redimiendo el día.

Tenía razón cuando luchó a brazo partido para que pusiéramos techo de chapa. Yo quería una casa importante, trabajaba en las empresas de mi padre y pensaba mantener aquí reuniones de negocios. La chapa me parecía un material de segunda. Ella puede ser caprichosa cuando se le mete una idea en la cabeza, vos te acordarás, y no quería aflojar. Finalmente, cedí. A fin de cuentas, era ella la que venía a la obra con Martín en brazos para ver los progresos con los arquitectos. Por entonces estábamos por meternos en la importación de seda y yo viajaba mucho afuera. O me pasaba el día en la oficina. De modo que dejé la obra en sus manos. Más tarde, en las disputas que vendrían, yo esgrimía ese hecho como una evidencia de que soy capaz de aflojar, de que lo mío no son caprichos sino razones que incluso estoy dispuesto a confrontar con los argumentos de quien piensa distinto, y a revisar, si resultan superadas.

—No tenías tiempo y dejaste la obra para ocuparte de los negocios —respondía ella—. La abandonaste, como todo lo que no podés controlar.

Menos mal. Porque alguien tenía que hacer el dinero para pagar una obra que en lugar de seis meses llevó un año y duplicó en costos el presupuesto original. Pero no me arrepiento. Hoy la casa y el terreno valen casi tres veces lo que pagamos. Al poco tiempo de mudarnos aquí, Los Pinos se convirtió en uno de los countries más buscados de Pilar. Nuestro mérito fue haber sido de los primeros en comprar lote y construir.

Me gusta mi casa. Es mi refugio. Parece mentira, pero esas cosas de las que nos burlábamos de chicos terminan siendo aquello a lo que uno se aferra cuando la vida te za-

randea, las columnas que te sostienen cuando desde algún flanco arrecian los vientos: la casa, el trabajo, la familia. Tu caso ha de ser distinto, ya me contarás. Nunca le dije a Cecilia lo que me gusta despertarme con el ruido de la lluvia en el techo de chapa.

Antes de darme una ducha fui a despertar a los chicos. Primero a la menor. Dormía boca arriba, como su madre, enredada entre las sábanas y con los brazos estirados hacia atrás, por encima de la cabeza. La empujé con suavidad hacia la pared y me metí en la cama. Ella me dio la espalda, yo le pasé el brazo y descansé la cabeza en la almohada mientras la tibieza de su cuerpo vencía al frío que el mío había absorbido en el trayecto entre mi cuarto y el suyo. Así como yo abrazaba a Miranda, ella abrazaba a su muñeca de trapo, con la que duerme desde que era casi un bebe. Los años han ido gastando la tela y en la cara se le han abierto tajos por donde se escapa el relleno. Cecilia cosió algunos de ellos, y ahora, además de lucir nuevos agujeros, el rostro está surcado por dos o tres cicatrices. A pesar de que mantiene la sonrisa dibujada en forma de medialuna, la muñeca parece un monstruo, pero Miranda sigue viendo en ella a su compañera incondicional, un ser dotado de la vida que a ella le sobra y que le regala para no estar nunca sola y para permanecer acompañada en la oscuridad, por las noches, cuando la luz se apaga. Ahora Miranda dormía, la muñeca ya había cumplido su cometido, pero ella seguía aferrándola contra su pecho, de modo que yo, con los ojos cerrados y a punto de volver a dormirme mientras sentía su respiración acompasada, la abrazaba a las dos, a mi hija y a su muñeca herida por el tiempo.

De pronto, Miranda dejó escapar un suspiro y preguntó:
—¿Qué pasa, Papá? ¿Es sábado?

Por supuesto, yo sabía, desde el momento en que abrí los ojos, que era martes. Fue allí cuando me asaltó, como

una amenaza, la imagen fugaz de Ricardo Alvarado, el único de los gerentes que puede disputarme el puesto de vicepresidente. Martes, pensé, reunión de directorio. Puede haber novedades. Pero mi cuerpo seguía atado al sueño, al mío y al de Cecilia, que dormía a mi lado, y el golpe de la lluvia hizo el resto y en lugar de ponerme de pie estiré el brazo y desactivé la alarma como quien apaga el mundo. Así, sin haber despertado del todo, había llegado hasta allí, hasta la cama de mi hija, y al meterme dentro había roto, sin advertirlo, la ceremonia de todas las mañanas, que consiste en prender la luz sin anestesia para anunciarle que el día ha empezado y que no se puede llegar tarde al colegio. Así era en mi casa, cuando yo era chico, una disciplina de inmigrantes dura y antipática pero efectiva. En todo caso, el error había sido desviarme de la rutina y ceder al sueño, hasta que la voz de mi hija se impuso a la de la lluvia. Salté de la cama y en el gesto, sin querer, me llevé conmigo las sábanas. Miranda, encontrándose destapada, se sentó con la muñeca apretada bajo uno de sus brazos, como si fuera una prolongación suya, y se restregó los ojos.

—Papá, ¿por qué sos tan malo? —protestó.

—Vamos, que llegamos tarde al colegio —dije mientras prendía la luz, encarrilado ya en el guión de todas las mañanas.

Con Martín, la cosa fue más breve. Prendí la luz de su cuarto y le anuncié que era tarde. Se quejó sin moverse.

—Me quedé dormido —le dije—. Vamos, arriba.

No quería sonar duro, pero tampoco afectuoso. Anoche habíamos tenido una discusión y él dejó la mesa sin probar bocado para encerrarse en su cuarto. Ya no recuerdo el motivo. Cada día hay uno nuevo. Lo que está claro es que me he convertido en el blanco de su beligerancia. Yo le había pegado un reto y él mordió una palabrota que no pude pasar por alto. Lo mandé a dormir sin comer y le

dije que no le dirigiría la palabra hasta que se disculpara. A veces su hostilidad es manifiesta y otras se esconde en el desdén o la ironía de una frase a primera vista inocente dicha para adentro, y este fue el caso de ayer. Prefiero sus broncas explícitas, porque puedo manejarlas. Cuando me dedica miradas de fría inteligencia y se guarda lo que piensa es más difícil. Martín me desconcierta. Ayer nomás venía a buscarme para que lo llevara a la plaza o para jugar al fútbol, me pedía un cuento por las noches, y yo lo consentía. Ahora me rechaza. Ya no es un chico, dice Cecilia, una obriedad. Iba a zamarrearlo un poco, porque ni la luz ni mis arengas habían logrado despertarlo, cuando advertí que se había dormido con los auriculares plantados en los oídos. Quizá no había oído nada de lo que le había dicho. ¿Estaría escuchando uno de esos grupos de heavy metal o de cumbia con los que se aturde junto a sus amigos? Le quité los auriculares con cuidado y comprobé que no emitían sonido. Dormido, parecía un niño. Tuve que reprimir un beso en la frente. En cambio, lo sacudí despacio por los hombros.

—Ya va, ya va —se quejó.

Mientras el agua de la ducha me corría por la espalda pensé en el encuentro de la semana pasada con tu hermana. Cecilia dice que las casualidades no existen, pero yo no estoy tan seguro. En este caso, la casualidad fue doble, porque al azar de cruzarnos se suma el hecho de que tres días antes yo había recibido el mail de Alejandro Estévez con la idea de volver a juntar a la camada 1979 del San Mateo. Al principio, la propuesta me pareció una tontería, qué sentido tiene, pensé, volver a reunir lo que la vida se encargó de dispersar. Es cierto que muchos de nosotros seguimos conectados por razones profesionales. Somos bastantes los que escalamos posiciones en la banca y en la empresa, y en este mundo donde la confianza es un valor

de peso, junto con los posgrados en Oxford o Harvard, las relaciones cuentan. Mantener aquellas proveídas por una cuna privilegiada es parte del trabajo cotidiano. El equipo de los exitosos (y ya no tan jóvenes) ejecutivos es casi mayoría en nuestra camada, que curiosamente quedó inscripta en la memoria del colegio como una de las más revoltosas e indisciplinadas. Ahora que lo pienso, vos también debías haber sido parte de este grupo de seres sufrientes que pierden el sueño por llegar a la cima pero viven en glamorosos countries, cenan con un vino mejor que el que consumían sus padres y veranean en Punta del Este o Bariloche, cuando no llevan a la familia a Disney o a Europa. Eras uno de los nuestros, pero te saliste. Primero, abandonando los estudios, y después, con ese acto extremo que nos dejó a todos sumidos en la consternación y llenos de preguntas.

No lo vas a creer: el día que me encontré a tu hermana yo venía pensando en vos. La culpa la tuvo Alejandro Estévez, siempre tan entusiasta. En ese email general con el que reunió virtualmente a los más visibles de la promoción incluyó la lista completa de exalumnos junto con la consigna de rastrear a los «perdidos». Un encargo engorroso. Cuando leí la palabrita enseguida pensé que entre los «perdidos» había un caso «verdaderamente perdido»: el tuyo, claro, ya que desde aquello nadie más, que yo sepa, había vuelto a saber de vos. Todo esto me zumbaba en la cabeza mientras tomaba un café en un bar de la calle Santa Fe. Entonces, como si hubiera sido convocada por mis pensamientos, tu hermana entró como una aparición. Cruzó el salón raudamente y se sentó frente a la barra.

Era media mañana y el ambiente estaba lleno de voces de hombres bien vestidos y mujeres arregladas que se refugiaban del fragor de la ciudad en la calidez de esa confitería de bronces relucientes y pretensiones parisinas; en su

mayoría, profesionales que no debían cumplir un horario de oficina pero que, aún en ese paréntesis, mantenían de algún modo los ritos del trabajo —yo entre ellos— con sus papeles y sus laptop sobre las mesas. Lo primero que pensé al ver a tu hermana, tengo que confesártelo, fue que es una chica muy bella. Y podés estar seguro de que no soy un viejo baboso que anda por ahí levantándose minitas, que vaya si los hay, incluso entre nuestros amigos. Me dije además que estaba fuera de lugar: aquel decorado no le iba. Era allí la única mujer de cara lavada, y el largo pelo rubio le caía por la espalda con reticencia y un poco enredado, como si todavía llevara encima las marcas de la almohada. Con esto no quiero decir que tuviera mal aspecto, al contrario, pero el jean gastado y el sweater violeta un poco estirado en las mangas desentonaban en medio de tanto taco alto y tanto peinado de peluquería. Esta chica, me dije —porque todavía no sabía que era tu hermana—, merecería que este café estuviera en París, abrir la puerta y respirar un aroma a *baguette* en el boulevard Saint Michel, con el Sena discurriendo mansamente al final de la calle. Tenía un aire bohemio, eso era, y parecía de otra época. Entonces, en medio de estas distracciones, detecté un parecido, un aire de familia entre ustedes, ella con su perfil recortado contra las botellas y el espejo del fondo y vos con el rostro desdibujado en la neblina del recuerdo. Ya no sé si el parecido estaba en la boca o en los ojos, porque más que un rasgo concreto era un modo de estar y de mirar, y hasta de romper el saquito de azúcar y de revolver el café.

Enseguida desestimé la idea. ¿Cómo establecer un parecido y hasta un vínculo entre un ex compañero que no veo desde hace tantos años y su presunta hermana, a quien solo había visto, entrada en la adolescencia, apenas dos o tres veces? Cuando sos joven, una hermana a quien le

llevás diez años pertenece a otra generación. En aquellos días del secundario en que íbamos a tu casa después del fútbol, ella era una niña y apenas la registrábamos. Pero ahora tenía ante mí a una mujer. Una mujer que, a fuerza de mirarla, me remontó de pronto a la tarde en que pasé por tu casa a devolverte esos dos discos de Genesis que habían quedado entre los míos desde los tiempos del colegio. ¿Te acordás? Fue unos años antes de que desaparecieras. No los quisiste aceptar y a mí eso me pareció raro. Me dije entonces que esa música ya no te importaba, y que yo te había llamado después de años sin vernos solo para saldar una vieja cuenta pendiente conmigo mismo, la culpa de haberme quedado con los discos cuando esa música sí importaba, y mucho, para nosotros. La cuestión es que estábamos en la puerta de tu casa, decidiendo quién se quedaba con *Selling England by the Pound* (importado, creo) y *Foxtrot* (versión nacional) cuando ella salió con una amiga y saludó con un «hola» apenas murmurado y una mirada breve pero simpática. Yo debo haber puesto cara de desconcierto.

—Clara, mi hermana menor —dijiste—. ¿No te acordás de ella?

Pues bien, algo me decía que la adolescente que aquella mañana pasó como una exhalación mientras hablábamos en la puerta de la casa de tus padres y esta mujer que se había equivocado de bar, de ciudad y hasta de tiempo eran la misma persona. Me preparé para el ridículo y me arrimé a la barra. Ella parecía reconcentrada en sus pensamientos y se sobresaltó cuando le hablé. Con toda la formalidad de la que soy capaz, que no es poca, le pregunté si por casualidad no tenía algún parentesco con tu persona. Me miró con una expresión de horror y frunció el entrecejo. Aferró con sus dos manos el bolso de hilo trenzado que descansaba sobre el mostrador, al lado del café, y por un

momento pensé que daría media vuelta y se iría sin dirigirme la palabra. Pero de pronto sonrió, más con los ojos que con la boca, y me dio una respuesta que confirmó lo que para mí era ya una certeza:

—Sí, soy su hermana. Y vos sos Santiago Arizmendi. Estás igual. Aunque te recordaba con el pelo más oscuro.

—Es la edad —sonreí—. Empiezan a asomar las canas.

La invité a la mesa, pero dijo que estaba por irse. Tenía hora con el psicólogo. Llamó al mozo y pagó el café. Le pregunté por vos y me dijo que estabas bien, pero que no podía decirme mucho más. Sin duda, prefería evitar el tema, lo que clausuraba el único motivo de conversación que teníamos. Yo insistí. Algo en su rostro se ablandó y volvió a dejar su bolso sobre el mostrador. Me pareció que estaba por contarme algo que tenía la costumbre, o la determinación, de callar.

Después de tu huída (¿debo llamarla así?), durante meses nadie supo dónde estabas, dijo. Pero una noche llamaste para decirles a tus padres que te encontrabas bien, que cada tanto tendrían noticias tuyas, pero que no te rastrearán porque andabas en tránsito por distintos países de Centroamérica, al principio por temor a que alguien estuviera siguiendo tus pasos y después porque vivías de trabajos esporádicos que te llevaban de un lugar a otro. Quise saber, claro, de la plata. Tu hermana me dijo que la habías perdido poco después de la fuga, pero no sabía cómo. Jamás habías hablado del asunto ni con ella ni con tus padres. Le conté, quizá para retenerla otro poco, que este año cumplíamos veinticuatro años de egresados y que, por iniciativa de Alejandro Estévez (no se acordaba de él), nos habíamos propuesto reunir a los ex compañeros del San Mateo para que en el siguiente aniversario, el de los veinticinco, no faltara nadie.

—Estamos en plan de dar con todos —dije.

—Mi hermano ya no es un prófugo, pero dudo que pueda estar en esa reunión.

—Quizá le guste saber que lo recordamos.

Anotó algo en un papel.

—Desde hace un tiempo nos escribimos mails —dijo—. Esta es su dirección de correo.

Le agradecí. Ella miró su reloj.

—Llego tarde al psicólogo —se despidió.

Entonces advertí que yo estaba llegando tarde a una reunión importante. En otro momento, a esta altura de mi carrera, no me habría preocupado. Pero ahora que hay ejecutivos de afuera por el recambio de conducción, prefiero hacer buena letra. Siempre me pareció humillante actuar para los demás, ser consciente de la impresión que causás y de la mirada de aquellos que están por encima de uno, pero eso es parte de la vida corporativa y una de las primeras cosas que se aprenden cuando tenés un poco de ambición. Sos dueño de una bella casa, un auto importado, un despacho con diván para echar una cabeceada y hasta una secretaria que te sirve el café con una cucharada y media de azúcar, como a vos te gusta, pero tenés que bailar al compás del imbécil que tenés arriba y eso significa bajar la cabeza dos o tres veces al día. La única solución es que no haya nadie por encima de uno y en eso estoy.

Es curioso. Quiero contarte acerca de mi vida, pero vuelvo siempre al trabajo y al banco. Decidí relatar el día de hoy de principio a fin porque era un modo de empezar por Cecilia y los chicos, que es lo que verdaderamente importa. Pero, a pesar de que soy un tipo metódico, me cuesta ser lineal.

Llevo casi dos horas escribiendo en la cama. Sin embargo, apenas he llegado a la ducha de la mañana. Mi mujer duerme al lado tal como te la he descrito, mientras

la tele prendida a bajo volumen silencia el golpeteo en el teclado de mi laptop.

Cecilia dice que tengo una compulsión por controlarlo todo, pero no es verdad: esta especie de carta me llevó hacia donde quiso. Eso me inquieta, pero te la mando así, aunque lamento no haber llegado más allá en el día, cuando después del jugo de naranja y las tostadas que Cecilia prepara, después del beso mecánico que nos damos en la puerta y de dejar a los chicos en el colegio con otro beso que a veces siento parecido al anterior, salgo rumbo al banco como si fuera un conquistador que dirige su carabela hacia una tierra donde lo esperan luchas y sobresaltos pero también momentos de gloria, y en la que clavará su bandera una vez que la haga suya. Es una exageración. ¿Pero cómo explicar que es allí, en el trabajo, donde me siento vivo? Les pasa a muchos, aunque pocos lo admiten. Al menos yo he podido contártelo a vos, que estás a 5.000 kilómetros de distancia, en un mundo paralelo a este que ignoro por completo. Te he contado mucho, pero no llegué a lo que me había propuesto contarte al empezar. Son las tres de la mañana. No tengo sueño, pero necesito descansar. Ya habrá tiempo de seguir, si no te asustás con este mail, tan distinto del primero, y me contestás.